MACHADO Y LA NUEVA EPIFANIA

Las composiciones de la primera versión de *Campos de Castilla* fueron escritas entre 1907 y 1910. Cuando, dos años después, aparece el libro, Machado está absorto en la salud declinante de Leonor; una semana después de su muerte, el 8 de agosto, sale de Soria para no volver más. El año 1912 es muy rico en acontecimientos públicos y literarios de gran relieve: muere Menéndez Pelayo y asesinan a Canalejas; aparecen *Castilla, La marquesa Rosalinda* —ya aparecida el año anterior en la parisina *Mundial,* como el «Alvargonzález»—, *La bien plantada, El mundo es ansí, La España del Cid, La pata de la raposa, Contra esto y aquello;* Juan Ramón, de vuelta en Madrid desde el año anterior, no cesa: *La soledad sonora, Pastorales, Poemas májicos y dolientes...*

Pero con la llegada a Baeza a primeros de noviembre comienza la etapa más fecunda y estéticamente perdurable de Machado; la última, quizá, como poeta lírico. Al principio piensa en el suicidio; le salva precisamente el éxito de su libro y el considerar «que si había en mí una fuerza útil, no tenía derecho a aniquilarla» (1). Las colaboraciones en *La Lectura* o *El Porvenir Castellano* («Caminos», «Allá en las tierras altas», «Soñé que tú me llevabas», «El mañana efímero», «Del pasado efímero», etc.) o bien en otras fechadas aquí o allá (en Lora del Río, en el tren), pero todas en 1913, son testimonio de una nueva, menos drástica configuración del paisaje y del esfuerzo por asirse a una nueva objetividad.

Tanto en el amor como en el arte, Machado propugna siempre una versión antinaturalista: defiende una reelaboración psíquica del modelo, una fidelidad esencial, no formal, que permita la independencia y, en consecuencia, la transfiguración del modelo. «¿Pintar de memoria? Desatino. Ningún pintor lo ha hecho. ¿Pintar del natural? Menos aún.

---

(1) Carta a Juan Ramón Jiménez, en «Obras. Poesía y prosa», Ed. A. de Albornoz y G. de Torre, Buenos Aires, Ed. Losada, 1964, 904. Citaremos, salvo indicación en contrario, la obra del poeta por esta edición, y mediante PyP.

El modo es necesario. ¿Para copiarlo? No; para pensar en él» (2). Y los amantes tanto se buscan como se huyen, «porque la presencia pone en ellos un algo irreductible a la imagen erótica, y la ausencia, en cambio, puede reformar esta imagen con todo el bloque psíquico influido por ella» (3). La ausencia de Soria beneficia, pues, a la imagen de Soria y sus campos con el alma del que la contempla de modo más esencial.

No me pidáis presencia;
las almas huyen para dar canciones:
alma es distancia y horizonte: ausencia.
(CXXVII, bis)

Esta ausencia de Soria trae consigo dos consecuencias: una de dimensión estética, donde antes, patente o latente, predominaba la ética, y otra sociopolítica. Porque entonces, y ante el espectáculo contrastante de Andalucía, asoma la conciencia política de Machado. «A veces —escribe a Juan Ramón en 1913— me apasiona el problema de nuestra patria.» Se rebela contra un acuerdo general y tácito por respetar lo ficticio y huero, mientras se desdeña lo vital. «Este régimen de iniquidad en que vivimos empieza a indignarme.» Hay que defender una nueva España, que parece surgir «del mar muerto, de la España inerte y abrumadora que amenaza anegarlo todo». Se alinea en el «punto inicial de unas cuantas almas selectas» que luchan contra la inercia nacional (4). Por esto caracteriza el resurgir literario del momento por una «tendencia a ponernos en contacto inmediato con la realidad española» (5). Y de aquí que le subleve («no se puede escribir nada suave, porque necesita uno la indignación para no helarse también») el espectáculo levítico y nada religioso de la tierra andaluza («lo digo con tristeza porque, al fin, son de mi familia»), y en particular de Baeza: «Es la comarca más rica de Jaén y la ciudad está poblada de mendigos y de señoritos arruinados en la ruleta» (6). La disconformidad, como es lógico, salpicará pronto su verso. La caricatura de Don Guido, sobre la que hemos de volver, es la de «un caballero andaluz» que simboliza «el fin de una aristocracia»; poco después, en 1917, en «Los olivos», aparece explícitamente la injusticia social:

(2) PyP, 723.
(3) PyP, 555. Otros bellos ejemplos: «¿Qué es amor?» me preguntaba / una niña. Contesté: «Verte una vez y pensar / haberte visto otra vez» (746); «El artista no copia la naturaleza; pero liba en ella. Llamo naturaleza a todo lo que no es arte, y en ella incluyo al corazón del hombre» (800).
(4) PyP, 903-4.
(5) «Sobre Pedagogía», en art. C. Beceiro en «La Torre», XVI (1968), p. 68.
(6) Carta a Unamuno, en PyP, 914-5.

Olivar y olivareros,
bosque y raza,
campo y plaza
de los fieles al terruño
y al arado y al molino,
de los que muestran el puño
al destino,
los benditos labradores,
los bandidos caballeros,
los señores
devotos y matuteros!

(CXXXII)

Pero hay más. Don Antonio escucha y refleja en sus versos los vaivenes de los partidos políticos. En 1913 ya han ocurrido las frustraciones más graves de conservadores y liberales, en turno de gobierno desde la Restauración. Después de 1909 —el año del desastre africano del Barranco del Lobo, la movilización de reservistas y la Semana Trágica barcelonesa, con el epílogo ésta del fusilamiento del anarquista Ferrer y la orquestación internacional contra España— cae Maura, así como el asesinato de Canalejas, después de casi tres años de gobierno liberal, trae consigo para el bando opuesto un desastre paralelo. Dato, dentro de los conservadores, acepta en este año 1913 lo que Maura rechaza: la formación de un gabinete conservador. Maura comienza a desprestigiar a la vida parlamentaria —frente a correligionarios que siguen a Dato, fieles al juego bipartidista, y por ello despectivamente calificados por el jefe conservador de «idóneos»— y pone en marcha un «movimiento» casi prefascista, que celebra este año una asamblea nacional para ratificarle su adhesión (7). Es este momento, en líneas muy generales, el que recoge Machado por boca de aquel casinista en «Del pasado efímero» que bosteza dicterios banales contra el el gobierno conservador, augurando «que vendrán los liberales, / cual torna la cigüeña al campanario» (CXXXI); o la plática sabrosa de la rebotica de Almazán, registrada en el «Poema de un día»:

Es de noche. Se platica
al fondo de una botica.
—Yo no sé,
Don José,
cómo son los liberales
tan perros, tan inmorales.

(7) Vid. la enjundiosa síntesis de la historia contemporánea española en la «Historia de España», por C. Seco, J. Reglá y J. M. Jover, cap. de éste, pp. 823-876, especialmente (Barcelona, Ed. Teide, 1974, 7.ª ed.).

—Oh, tranquilícese usté!
Pasados los carnavales
vendrán los conservadores,
buenos administradores
de su casa.
Todo llega y todo pasa.
Nada eterno;
ni gobierno
que perdure
ni mal que cien años dure.

(CXXVIII)

Tanto el casinista de los banales dicterios como el don José de la rebotica incorporan un escepticismo que podemos atribuir fácilmente al autor, ya que liberales y conservadores constituían partidos centristas, algo que la realidad política del país había acompañado de nuevas posibilidades. A la izquierda de unos y otros estaban republicanos y socialistas; a la derecha, integristas y jaimistas. Si añadimos que a fines de siglo y principios del XX se forma un «Bloque de izquierdas»; que en 1909 aparece una «conjunción republicano-socialista», y que Maura desautoriza la formación de un bloque paralelo en la derecha por el temor patriótico de que tal escisión enfrentada provoque la guerra civil, obtenemos la convicción de que las simpatías de Antonio Machado disponían, frente al bipartidismo oficial, de opciones más concordes con su formación y temperamento. Admiraba a Maura; admiraba su elevación ética. Pero repugnaba la tesis y praxis de una «revolución desde arriba» —sobre la que se pronunció muy explícitamente durante la guerra civil española (8)— y seguramente el orden de compromisos sociales, institucionales y confesionales que atribuía a su gestión. En 1915 dedica a Maura y a Melquiades Alvarez, «vagas esperanzas de España», esta breve, enjundiosa elegía: «Recordemos a Maura —¿existe aún?—, que habló de una revolución desde arriba, es decir, desde el ápice de la cucaña, a Maura, mentalidad arcaica y hueca, pero voluntad sincera, talante de hombre importante que atraviesa sin vender ni comprar por una feria de gitanos. Recordemos a don Melquiades Alvarez, en

(8) «¡Revolución desde arriba! Como si dijéramos —comentaba Mairena— renovación del árbol por la copa. Pero el árbol —añadía— se renueva por todas partes, y, muy especialmente, por las raíces. Revolución desde abajo, me suena mejor. Claro que 'revolución desde arriba' es un eufemismo desorientador y descaminante. Porque no se trata de renovar el árbol por la copa, sino ¡por la corteza! Reparad en que esa 'revolución desde arriba' estuvo siempre a cargo de los viejos, por un lado, y de las 'juventudes', por otro (conservadoras, liberales, católicas, monárquicas, tradicionalistas, etc.), a cargo de la vejez, en suma. Y acabará un día por una 'contrarrevolución desde abajo', un plante popular, acompañado de una inevitable rebelión de menores» (PyP, 528).

cuya corporeidad, más o menos provinciana, creímos un día. ¿Existe don Melquiades? Sería cosa de preguntárselo a él. Por la pradera de los asfodelos vagan estas sombras que fueron un día vagas esperanzas de España» (9).

Del mismo 1913 son tres poemas, con los que seguramente pretendía componer una galería de retratos —ya que «El Porvenir Castellano» presenta «Del pasado efímero» con el título, luego desestimado, de «Hombres de España»— que constituyen un tríptico esperpéntico: el citado, más el «Llanto de las virtudes y coplas por la muerte de don Guido» y «El mañana efímero». A pesar del título general, se trata de hombres andaluces o sugeridos por la observación social en Baeza y con el subsuelo literario, por supuesto, de sus propias lecturas. La denuncia caricaturesca es tan corrosiva que reclama inmediatamente un contrapeso —como de hecho ocurre en el tercero de los citados— esperanzado y regeneracionista, lo cual revela el soporte ético de la literatura esperpéntica y, en general, de todo realismo.

El protagonista del primero parece un liberal de casino (augura el triunfo de los liberales y llama reaccionarios a los conservadores); el segundo y el tercero caricaturizan dos creaciones de la España tradicionalista y conservadora: un «caballero andaluz» que simboliza «el fin de una aristocracia» y «un joven lechuzo y tarambana» que pertenece a la España de «cerrado y sacristía, / devota de Frascuelo y de María». Muy distintos en la forma y en la intensidad satírica, tienen de común a tres tipos del pasado, los tres vacíos de contenido: fruta vana del pasado es el andaluz del primero, «prisionero en la Arcadia de un presente» poblado de toros, tresillo e historias de bandoleros; el Don Guido del segundo no deja ni lleva consigo absolutamente nada en el momento de su muerte; el «joven lechuzo y tarambana» del tercero y más implacable poema es hijo de «un vano ayer» que engendrará un «mañana vacío».

El resultado es desolador. Se viene a la memoria aquel españolito de «Proverbios y Cantares» (LIII), seguramente de estas mismas fechas, por el que pide a Dios, ya que la España que muere o la que

---

(9) En la ed. facsímil, por D. Ynduráin, de «Los Complementarios» (Taurus, 1972), p. 3, viene este texto entre otros pertenecientes a 1915; es dudoso, sin embargo, que corresponda a este año, ya que Maura, lejos de parecer entonces un lejano fantasma de la escena política, volvió a presidir los Gobiernos de 1918, 1919 y 1921.

Durante la guerra civil, vuelve a recordar a Maura: «Cuenta Mairena, ya en los últimos años de su vida, haber visto a una madre que llevaba de la mano dos niños pequeñitos, los cuales iban jugando a la política del día. Y uno de ellos gritaba: ¡Maura, sí! Y el otro: ¡Maura, no! Mairena vio alejarse a aquel grupo encantador con cierta compleja melancolía de viejo solterón, por un lado, y de profeta rasurado y a corto plazo, por otro» (PyP, 533).

bosteza han de helarle el corazón. ¿Cabría esperar de la observación sociopolítica de Machado la ampliación de esta galería de retratos? Me apresuro a dudarlo. Se trata de la sátira mordaz —escape de la indignación que consigna en su carta de este año a Juan Ramón Jiménez— de la «España de alma quieta», la inerte y abrumadora, la del mar muerto, amenazante de todo y todos. Lo afirmativo y abierto de los tres poemas reside en el epifonema de «El mañana efímero»: el canto a una España del cincel y de la maza, que surge, implacable, con ánimo de redención y venganza, «España de la rabia y de la idea». Por vía ética, Machado acomete, sobre sátira política, como Valle-Inclán, la deformación desrealizadora que el propio Valle, siempre admirado (10), ha iniciado en 1912 con *La Marquesa Rosalinda* para ampliarla luego sistemáticamente a todo cuanto toca (11). Quizá lleguen por separado y simultáneamente a una salida estilística parecida ante un mismo espectáculo, suscitador de parecidos sentimientos. Porque la figura de Don Guido, el jaranero que sienta la cabeza «de una manera española», viene a ser ni más ni menos que el Don Juan español, tal como lo veía en 1907 y 1908, y la simultaneidad de devoción rutinaria y vida de casino parece un tópico literario, sin duda porque lo era social. «Don Juan —escribe Unamuno—, después de pasados los años de ardiente mocedad, suele casarse y se convierte en un respetable burgués, lleno de achaques y de prejuicios, conservador recalcitrante y hasta neo. Oye misa diaria, pertenece a varias cofradías y abomina de cuantos no respetan las venerables tradiciones de nuestros mayores» (12).

La más corrosiva caracterización se concentra en «El mañana efímero», quizá por la convicción de que esa «España inferior que

---

(10) Elogios poéticos aparte (a «Flor de santidad», por ejemplo, CXLVI, o «Yo era en mis sueños, don Ramón, viajero», PyP, 277), recuérdense las prosas suscitadas por su muerte (PyP, 492) y unas breves líneas en «Los Complementarios»: «Si dijéramos que nadie ha escrito en castellano hasta nuestros días de modo tan perfecto y acabado como don Ramón del Valle-Inclán, sentaríamos una afirmación sobrado rotunda y diríamos, no obstante, una gran verdad» (PyP, 728).

(11) Vid. mi capítulo «El mundo de lo grotesco en Valle-Inclán», en «La transfiguración literaria» (Madrid, 1970), pp. 211-255.

(12) «Sobre Don Juan Tenorio», en «Ensayos», ob. cit., vol. II, 402. Y en «Sobre la lujuria», en Ibid., 385: «Y estad seguros que si Don Juan Tenorio hubiera vivido hasta llegar a edad respetable, habría acabado en ser un sesudo conservador, defensor del orden social, de la libertad 'bien entendida' y de las venerandas tradiciones de nuestros mayores y miembro de cualquier piadosa cofradía.»

Sobre el tópico literario de la España casinista y devota, interesa recordar aquí, por lo que luego seguirá en el texto, estos párrafos de «La España negra», de Solana: «A la caída de la tarde, las campanas de Santa María la Antigua llaman al rosario; vemos bajar por estas sórdidas calles, donde hay cererías, muchas mujeres enlutadas y niñas que van a rezar el rosario; los hombres serios del pueblo, que han pasado toda la tarde en el casino, caminan por en medio de la calle, dejando la acera a las señoras, y se dirigen también a hacer sus rezos» (En «Obra literaria», Madrid, Taurus, 1961, p. 359).

ora y embiste» no acabará con la sátira o con un mañana pasajero —como sugiere al comienzo—, sino que «tendrá luengo parto de varones / amantes de sagradas tradiciones». Los versos que concentran la sátira de una España que radicalmente repudia, dicen:

Será un joven lechuzo y tarambana,
un sayón con hechuras de bolero,
a la moda de Francia realista,
un poco al uso de París pagano,
y al estilo de España especialista
en el vicio al alcance de la mano.
Esa España inferior que ora y bosteza,
vieja y tahur, zaragatera y triste;
esa España inferior que ora y embiste,
cuando se digna usar de la cabeza...

Esa España inferior, engendradora de ese mozo lechuzo, reza, bosteza o agrede en los versos de Machado; no piensa, no repiensa sus propias convicciones, si las tiene, porque es la que ya conocemos por «España de alma quieta», o sea aproblemática, rutinaria o muerta en su propia fe. Su devoción, es evidente, no equivale a virtud. Su catolicismo equivale, sin embargo, a política católica o de los católicos, y ya es sabido que, concorde con Unamuno, Machado entendía por catolicismo el vaticanismo de las clases elevadas («sacrificio de la vitalidad española a la momia romana» (13) y superstición milagrera de las clases inferiores. A ambas clases sociales alude el poema; a la primera se refiere con la realista (royalista en la primera versión) moda francesa —es decir, al conservadurismo de los neocatólicos franceses, Maurras, Barrès, Lamaître, Brunetière— y reserva para la segunda, especialmente, la práctica zaragatera y tahur, y, en fin, la inercia mental. En el comentario que don Antonio dedica un año antes a *Contra esto y aquello,* tiene buen tino al recordar, a propósito del neocatolicismo galo y de su introducción en España, las frases del maestro que más íntimamente le tocan, como ésta: «Me repugnan esos católicos volterianos y nacionalistas que defienden el catolicismo porque va ligado a las grandes figuras de la literatura francesa y, sobre todo, porque el protestantismo les parece germánico»; a su vez, hay católicos españoles que abominan del protestantismo por razones «patrióticas» —es exótico, extranjerizante, etc.— y no por su heterodoxia respecto a la Iglesia de Roma (14). O sea, que a la inquina contra un catolicismo rutinario y

(13) «Algunas consideraciones sobre libros recientes...», ob. cit., 782.
(14) Ibid., pp. 780 y 783.

aproblemático se une ahora el chauvinismo, la subordinación de la idea de religión a la de Patria, «ignorando —dice— que con tal simple inversión de valores se enturbia, si es que no se ciega, la fuente del sentimiento religioso al par que del patriótico», y que ese catolicismo nacionalista «es la ruina de toda verdadera piedad» (15).

Machado no ignoraba que todo lo excesivo resulta ridículo —lo cual, artísticamente hablando, se traduce por insignificante o ineficaz—, y por lo tanto también la caricatura posee sus límites. Hay que considerar a «El mañana efímero», no obstante, como un desahogo propio de la desesperanza política, de un patriotismo sincero y clausurado, ya que el catolicismo oficial, al acaparar pasado y presente, le cierra toda salida. No en balde este poema —el más agresivo, pero también el único del tríptico con una ventana abierta al mañana— concluye con la invocación a una España que nace. Monopolizado a sus ojos el pasado por el catolicismo nacionalista y obturado en gran medida el presente, no le quedaba más opción que la progresista. No es extraño, pues, que en el campo teórico de su prosa encontremos declaraciones corroboradoras. La esencia española —afirma una vez— no nos la puede revelar el pasado (16); otra vez, que no se puede vivir del esfuerzo, la virtud o la fortuna de los abuelos: «lucharemos —advierte— por libertarnos del culto supersticioso del pasado» (17). Es la actitud que había mostrado ocasionalmente Larra en el siglo XIX, quien, indignado por el monopolio tradicionalista, declaraba, arrancándose las raíces, que «el pasado no es nuestro».

Esa nueva epifanía se barrunta difícil, cruenta, vengadora: se trata del alumbramiento de «una España implacable y redentora», que concurre «con el hacha en la mano vengadora» (CXXV), con «el hacha y el fuego» (CXLIII). Será una España «de la rabia y de la idea», es decir, inconformista y dinámica en su alma, que trae, frente a la haraganería casinista, herramientas laborales: «España del cincel y de la maza» (18).

---

(15) Ibid., p. 781.

(16) «Consejos, sentencias...», PyP, 597.

(17) «Los Complementarios», PyP, 768.

(18) H. Hinterhäuser relaciona esta actitud con la de Galdós por estos años. Hacia el comienzo de la cuarta serie de los «Episodios» —dice—, Galdós renuncia a su identificación con la burguesía y comienza a vislumbrar nuevas fuentes de energía en el «cuarto estado». En las últimas «Novelas contemporáneas» y en algún drama, defendía una unión fecunda con el pueblo como medio de regenerar a la aristocracia decadente. Pero en la segunda mitad de los «Episodios», nada se encuentra de esto. Ahora la salvación viene directamente de abajo, por medio de hombres del pueblo que se han ido elevando merced a su trabajo y agudeza. Por ejemplo: «Es menester que venga nueva generación a enmendar a ésta, desvaída y decadente... Nueva gente... y pronto, pronto... Hombres que traigan cerebros machos, corazones grandes y ternillas a la medida de los corazones...» Con esta frase —concluye Hinterhäuser— estamos

Este año decisivo, 1913, si bien no trae ninguna adscripción política concreta, sí colorea de simpatías políticas la conciencia de un profesor arrinconado en un recodo de la geografía andaluza y que, a pesar de circunstanciales actuaciones públicas, se va a mantener distante, en su fuero interno, del apasionado vaivén de los partidos (19). Este año funda Melquíades Alvarez —en quien reconocerá más tarde haber creído— el Partido Reformista; en el famoso banquete del Palace —al que asisten Ortega, Morente, A. Castro, el joven Azaña, entre otros— proclama su posición posibilista: «representamos en la política una fuerza que aún no se ha movido de su sitio, pero una fuerza que no vacila en declarar que para ella las formas de Gobierno son accidentales y transitorias; que por encima de las formas de Gobierno coloca y colocará siempre el progreso de la Patria, el afianzamiento de la Libertad, el imperio de la Democracia. Y si la Monarquía no es obstáculo para el triunfo de estos ideales, nosotros gobernaremos con la Monarquía, porque al hacerlo tenemos la convicción de servir en primer término la causa del Progreso y el interés supremo de la Nación» (20). Al año siguiente, Ortega constituye, con su discurso en el teatro de la Comedia, la Liga de Educación Política, donde se ratifica el posibilismo, mantiene la famosa contraposición de la España oficial y la España vital y se declara liberal y nacionalista. Conviene retener alguna de sus frases significativas, no sólo porque alguno de sus conceptos y expresiones han asomado con cierta anticipación en la boca de Machado, sino por la resonancia que este verbo entusiasta y contagioso de Ortega debió de obtener en su lector de Baeza. «Vamos a inundar —proyecta el filósofo— con nuestra curiosidad y nuestro entusiasmo los últimos rincones de España; vamos a ver España y a sembrarla de amor y de indignación... Vamos a impulsar hacia un poderoso levantamiento espiritual los hombres mejores de cada capital, que hoy están prisioneros del gravamen terrible de la España oficial, más pesado en provincias que en Madrid. Vamos a hacerle saber a esos espíritus fraternos, perdidos en la inercia provincial, que tienen en nosotros auxiliares y defensores. Vamos a tender una red de nudos de esfuerzo por todos los ámbitos espa-

---

ya cerca de la «España del cincel y de la maza» («Los Episodios Nacionales», de B. P. Galdós, Madrid, 1963, 193-7).

(19) En las cartas a Guiomar hay varias referencias a su distanciamiento de la política o de su desilusión ante la República. Cuando ve próximo el triunfo de ésta, por ejemplo, escribe unamunescamente que piensa en formar «en partidos lo más alejados del poder», para añadir a continuación que lo considera su deber («Es nuestra misión») y que visitará, como ha prometido, a don Miguel de Unamuno (PyP, 937). En otra reconoce haber deseado sinceramente a la República, que «nos ha defraudado un poco» (938). En otra ocasión reconoce que la política «no ha de apasionarme nunca, ni monárquica ni republicana» (938).

(20) C. Seco, «Alfonso XIII y la crisis de la Restauración» (Barcelona, 1969), 97-98.

ñoles, red que a la vez será órgano de propaganda y órgano de estudio del hecho nacional; red, en fin, que forme un sistema nervioso por el que corran vitales oleadas de sensibilidad y automáticas, poderosas corrientes de protesta» (21). Respecto a las formas de gobierno, Ortega mantiene una postura «experimental», la única que le parece decorosa en el siglo XX, ya que monarquía o república «son medios para realizar y dar eficacia a los ideales democráticos, que son lo inmutable e imprescindible» (22). Lo que urge es «fomentar la organización de una minoría encargada de la educación política de las masas» (23).

Nos movemos, pues, en el no comprometido y verosímil campo de las afinidades con el apoyo de unas cuantas cartas y de unos versos; en otra ocasión, volveremos sobre la toma de posición —cada vez más comprometida— del hombre Machado. De indignación, protesta, formación de minorías, contraposición de una España huera a una España vital —o vital y oficial, como quiere Ortega—, ya se había pronunciado Machado con anterioridad, si bien el propio Ortega reconoce haber reiterado con insistencia la idea de la vitalidad de España y su contraposición antes del famoso discurso; antinomia que, por otra parte, venía arrastrándose por el pensamiento político desde la Restauración con pequeñas variantes.

JOSE LUIS VARELA

Teresa Gil, 18
VALLADOLID

---

(21) El discurso, como es sabido, fue pronunciado el 23 de marzo de 1914. Vid. en «O. C.», «Vieja y nueva política», vol. V, 286.

(22) Ibíd., 292.

(23) Ibíd., 302.